

El Libro de la América Latina



GRANDES HOMBRES DE CHILE

II

DON DIEGO PORTALES

Los jóvenes se imaginan a veces que los grandes hombres han sido todas personas sumamente graves y circunspectas, de esas que no abren la boca sino para pronunciar palabras sentenciosas y conceptos profundísimos.

Esta idea es equivocada. Muchos, muchísimos hombres eminentes han sido tan alegres y traviosos como los colegiales. La seriedad de la vida no consiste en no reirse, sino en pensar con altura y en proceder con juicio y rectitud.

El más ilustre de los estadistas chilenos, el verdadero fundador de esta República, don Diego Portales, no fué nunca hombre grave, y muchos de sus contemporáneos, juzgándolo únicamente por las apariencias exteriores, lo tenían por loco. Era bromista y aficionado a divertirse, ponía motes a todo el mundo, decía la verdad con desenfado, y procedía, en suma, de un modo diametralmente opuesto al de esos personajes cuyo mérito en el mundo consiste en mantener constantemente la gravedad de un pavo real.

Don Diego Portales nació en 1793, es decir, 17 años antes de que comenzara

la Revolución de la Independencia de Chile. Se encontraba por consiguiente en toda la fuerza de la juventud, cuando sus compatriotas combatían por la libertad del país. Pero él no tomó parte alguna en aquellos grandiosos acontecimientos, y pasó todo ese tiempo divirtiéndose con otros compañeros de su edad. No es este por cierto un ejemplo digno de ser imitado, ni hemos de suponer que todos los jóvenes que sólo se ocupan en distraerse lleguen a ser grandes hombres. Pero la historia nos muestra a veces caprichos como este.

Cuando se hizo hombre, Portales se dedicó a los negocios, con la idea de ganar honradamente su vida. Parecía no gustar de la política, y, en realidad, ésta no tenía en Chile grandes atractivos para un hombre serio y de trabajo, en los primeros años de la República.

Los militares, con sus revoluciones, y los charlatanes capaces de seducir a la ignorancia del pueblo, tenían entonces más probabilidades de triunfar en la política, que hombres del temple de don Diego Portales.

Pero en el curso de sus negocios, Portales tuvo relaciones con el gobierno y pudo ver entonces el gran desorden que afligía a la nación, y como era

El Libro de la América Latina

patriota, se decidió a trabajar para ponerle remedio.

Contribuyó poderosamente a la revolución de 1829, que estaba encabezada por todos los personajes chilenos más ricos y prestigiosos. Estos grandes señores, por lo mismo que gozaban de alta situación, eran tímidos, y nada aficionados a mezclarse en revoluciones, en las que podían perder su dinero y su vida. Portales supo infundirles aliento, haciéndoles comprender que si todos se unían y trabajaban en común, alcanzarían la victoria sobre los demagogos que perturbaban al país.

Así fué, en efecto; pero los *pelucones*, que ese nombre se daba a los hombres ricos e influyentes que dirigían la revolución de 1829, pasaron antes de triunfar por horas muy amargas. Hubo un momento en que ninguno de ellos quería hacerse cargo del ministerio, creyendo que la derrota de la causa que sostenían era inevitable.

—¿Quién se atreverá a afrontar esta responsabilidad?—se preguntaban unos a otros.

—Yo me atrevo—dijo Portales, y se hizo cargo del ministerio que todos rehusaban.

Conseguida la victoria, Portales se dedicó con empeño a mantener el orden público y a organizar la administración. Desde su tiempo data la paz interior que hizo de Chile un país admirado por los extranjeros, y mucho más feliz y progresista que todas las demás repúblicas de Sud América.

Su mayor empeño fué destruir el

poder de los militares, para poner término a las revoluciones. Consiguió su objeto, pero esta gran empresa le costó la vida.

El gobierno de Chile le había declarado la guerra al Perú y Bolivia, o, mejor dicho, al tirano Santa Cruz, que había dominado a esas dos repúblicas y amenazaba la libertad de Chile.

Portales fué a pasar revista a un cuerpo de tropas que se encontraba acantonado en Quillota, esperando la orden de embarcarse para el Norte.

Mandaba esas tropas un coronel de apellido Vidaurre, íntimo amigo de Portales, pero que resultó un traidor redomado.

Varias personas le habían aconsejado a Portales que desconfiara de Vidaurre, pero el grande hombre nunca quiso ni siquiera suponer que su amigo fuera capaz de venderle. Y, sin embargo, esto fué lo que

sucedió. Vidaurre, como muchos de los militares de su tiempo, era un ambicioso y creía que haciendo una revolución podría llegar a ser presidente de la República o, por lo menos, ministro. Así no vaciló en aprovecharse de la noble confianza del amigo a quien todo lo debía, para perderle.

Mientras Portales pasaba revista al regimiento de Vidaurre, en la plaza de Quillota, los soldados, a una orden del alevé coronel, formaron un cuadro que dejó en medio al ministro, mientras los oficiales le intimaban rendición.

Portales fué cargado de cadenas, le pusieron grillos en los pies, y así, en esa forma, le llevaron en un coche, junto



DON DIEGO PORTALES

Grandes hombres de Chile

con el regimiento sublevado, en dirección a Valparaíso, de cuya población pensaba Vidaurre adueñarse fácilmente.

Por el camino, Portales se olvidaba de sus desgracias, para pensar sólo en la suerte de la patria.

—¡Pobre país!—decía;—hoy pierde todo lo que se ha trabajado por su mejoramiento.

El grande hombre se refería, al decir esto, al atraso que significaba para Chile una nueva revolución. Él había creído haber concluido para siempre con desgracias de ese género.

Pero los siniestros presentimientos de Portales no se realizaron, porque la revolución fué vencida. Los habitantes de Valparaíso, unidos a las tropas que había en la ciudad, presentaron batalla en las alturas del Barón al regimiento amotinado de Vidaurre, lo vencieron con facilidad y lo hicieron prisionero con la mayor parte de sus oficiales.

Pero entre tanto se había cometido un horrendo crimen, en la persona del ministro prisionero.

Iba éste custodiado por un oficial llamado Florín, joven de carácter sanguinario y de pésimas costumbres, que aquel día estaba completamente ebrio.

Cuando sonaron los primeros disparos de la batalla del Barón, el furor se apoderó de Florín, al ver que se defendían los de Valparaíso. Él, como los demás oficiales del regimiento, creían que la ciudad iba a recibirlos con los brazos abiertos.

Era todavía de noche, pero iba luego a amanecer. Florín se acercó al carruaje en que iba Portales y con voz imperiosa le gritó:

—Baje el Ministro...

—No puedo—contestó Portales.—Vengan dos hombres a bajarme.

En efecto, los grillos le impedían todo movimiento.

Una vez que la ilustre víctima hubo sido bajada del coche, Florín dió a un pelotón de soldados la orden de que le dispararan.

Portales cayó en medio del camino, agonizante, y su malvado victimario se

ensañó, atravesando varias veces con su espada el cuerpo del grande hombre.

Vencida la revolución, Vidaurre y sus cómplices pagaron su crimen en el patíbulo.

La República, agradecida, ha levantado a Portales un monumento frente al Palacio de Gobierno, y hasta ahora el nombre de este eminente ciudadano es para todos los chilenos símbolo de virtudes y de patriotismo..

EL PRESIDENTE DON MANUEL BULNES

Los norteamericanos dicen de Jorge Washington, que fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Estas hermosas palabras podrían aplicarlas los chilenos, con toda justicia, al general don Manuel Bulnes.

Como militar fué constantemente victorioso, y se batió siempre por causas nobles y justas.

Hizo en su juventud sus primeras armas en la campaña contra el feroz Benavides, caudillo español que, después del triunfo de la Independencia de Chile, continuó por varios años sosteniendo la bandera del rey de España en los campos de la salvaje Araucanía, y cometiendo toda clase de tropelías, asesinatos y devastaciones.

Más tarde, al lado de su próximo pariente el general don Joaquín Prieto, decidió con su valor la batalla de Lircay, que puso término a las revoluciones que ensangrentaron a la República en los primeros tiempos de su independencia.

Pocos años después le cupo la gloria de destrozar definitivamente las tropas de Pincheira, otro bandido audaz y cruel, que, so pretexto también de defender al rey de España, esparcía el terror en los campos del Sur.

Su gran victoria fué, sin embargo, la de Yungay, en 1839. Chile había declarado la guerra al tirano Santa Cruz, que después de haber subyugado a su propio país, Bolivia, había reducido también a su obediencia a la República del Perú y amenazaba a la libertad de Chile.

La batalla de Yungay puso término a la usurpación de Santa Cruz, y fué la

El Libro de la América Latina

primera victoria de las armas de Chile en una guerra extranjera.

Dos años después de este brillante hecho de armas, el vencedor de Yungay fué elegido Presidente de la República. De ordinario, los militares no son muy de recomendar como gobernantes. Acostumbrados a la severa disciplina de los cuarteles, y a la obediencia pasiva de los inferiores, no son por lo general muy respetuosos de la ley, ni de la libertad de los conciudadanos.

Don Manuel Bulnes se olvidó de que era militar, mientras ocupó la Presidencia de la República. Su gobierno fué el de todos los hombres ilustres y capaces de su tiempo, sin distinción de opiniones ni de partidos. Respetó la Constitución y las leyes, y puso gran empeño en hacer la felicidad de sus compatriotas. Así sus diez años de gobierno fueron de paz y de progreso, y su recuerdo es grato para los chilenos.

Al terminar Bulnes su período presidencial, fué elegido en su reemplazo el más ilustre de sus ministros, don Manuel Montt. Desgraciadamente, el candidato vencido en las elecciones era un general que mandaba en Concepción a una parte del ejército, y que se sublevó en contra del gobierno legítimo.

Bulnes entonces tomó de nuevo el mando de las tropas leales y coronó la larga serie de sus triunfos militares venciendo en Loncomilla a la revolución,

que es la mayor de las desgracias que pueden caer sobre un país.

Grande, victorioso y feliz en la guerra como en la paz, murió este gran ciudadano chileno en 1867.

DON MANUEL MONTT Y DON ANTONIO VARAS

He aquí los nombres de dos grandes hombres que, unidos al través de una larga vida por estrecha amistad, ejercieron sobre su país una gran influencia, funda-

da en el talento, en la ciencia y en la honradez.

Ambos nacieron pobres y desvalidos. Don Manuel Montt, que era ocho años mayor que don Antonio Varas, pertenecía a una familia antigua y distinguida, pero su padre, arruinado por la guerra de la Independencia, vivió desconocido y sin recursos, en un oscuro rincón de la provincia de Aconcagua, la aldea de Petorca. Aun se conserva la pobre casa en que vió la luz el futuro Presidente de Chile.

A costa de grandes sacrificios, el padre de don Manuel Montt le envió a educar a Santiago, donde el pobre niño tuvo que luchar trabajosamente por la vida. Su talento y su laboriosidad llamaron la atención de sus maestros, que le hicieron nombrar inspector, primero, y profesor en seguida, del Instituto Nacional.

Montt tenía en Santiago parientes ricos y considerados, que figuraban en la primera sociedad de la capital, pero que eran demasiado orgullosos para re-

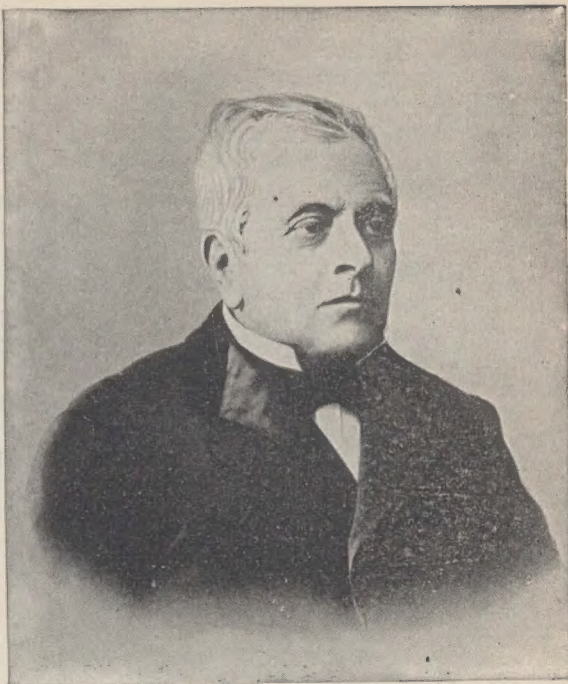


DON MANUEL BULNES

Grandes hombres de Chile

conocer como deudo suyo al humilde inspector del Instituto; así es que éste tuvo que esperarlo todo de sus propios esfuerzos y de su mérito. El ilustre ministro don Diego Portales, que gobernaba entonces la República, llevó a Montt a las oficinas del Ministerio, donde ascendió pronto al primer puesto, que era entonces el de oficial mayor. Poco tiempo después estalló el motín militar de Quillota, que tuvo por consecuencia el asesinato del ministro. Estos acontecimientos causaron en Santiago un terror inmenso, y el gobierno no sabía qué medidas tomar. Don Manuel Montt conservó en ese momento difícil toda su serenidad, y gracias a su talento y energía pudo salvarse la situación.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, el señor Montt fué nombrado Ministro del In-



DON MANUEL MONTT

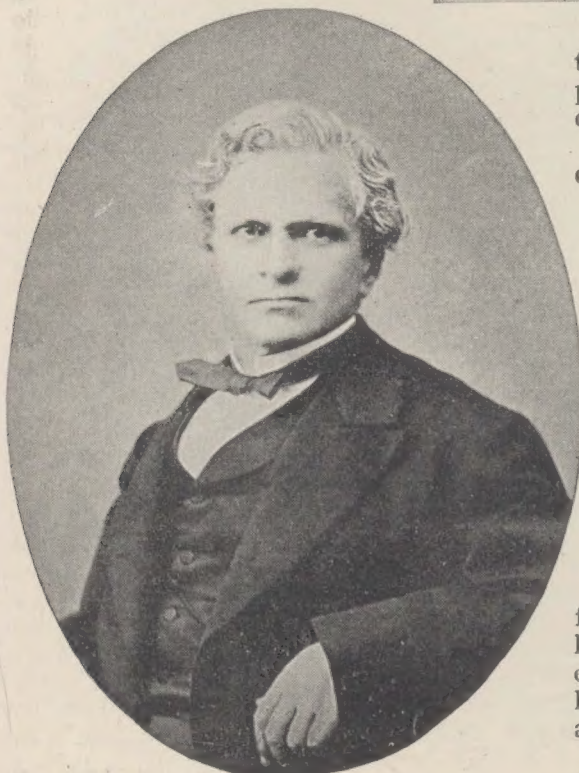
terior, que es el puesto más importante del gobierno de Chile, después de el de Presidente.

Ya don Manuel Montt se había conquistado, gracias a sus esfuerzos, una alta situación en la sociedad. Ahora sus orgullosos parientes estaban muy lejos de desconocerle y despreciarle; por el contrario, uno de ellos le dió su hija en matrimonio.

Don Manuel Montt, a medida que iba subiendo en honores y consideraciones, supo proteger a otro joven pobre y desvalido como él, a quien había conocido en el Instituto Nacional. Este joven era don Antonio Varas.

Durante la presidencia del general Bulnes, Montt y Varas fueron sus principales ministros, y los grandes trabajos que ambos emprendieron en beneficio del país, los impusieron pronto al respeto y a la consideración de los chilenos.

Como todos los gobernantes, tuvieron enemigos mientras vi-



DON ANTONIO VARAS

El Libro América Latina

vieron, pero hoy nadie es bastante injusto para desconocer los grandes méritos de esos hombres, que todo lo debieron a sus propios esfuerzos y no trabajaron sino para el bien nacional.

Concluido el gobierno de Bulnes, don Manuel Montt fué elegido para sucederle como Presidente de la República. En compañía de don Antonio Varas, que fué su ministro casi todo el tiempo de su presidencia, que duró diez años, continuó sirviendo al país con el mismo empeño que antes.

Los nombres de Montt y Varas no serán jamás olvidados por los chilenos. Ellos son también un alto ejemplo del poder del talento y del trabajo. Esos hombres, que no eran nada, llegaron a serlo todo en su patria.

EL PRESIDENTE DON FEDERICO ERRÁZURIZ ZAÑARTU

Chile cuenta entre sus más ilustres mandatarios a don Federico Errázuriz Zañartu, que fué Presidente de la República entre 1871 y 1876.

Aunque pertenecía a una familia ilustre, nació pobre, y si llegó más tarde a los más altos puestos de la República, lo debió a su extraordinario talento y a su mérito personal.

Los cinco años de su gobierno fueron

de gran prosperidad para la República, y en ellos se preparó Chile para la guerra que debía cubrir de gloria sus armas en 1879. A pesar de que el país era entonces muy pobre, y escasos los recursos del gobierno, Errázuriz pudo mandar construir

los dos acorazados, muy poderosos para su tiempo, con cuya ayuda la escuadra chilena pudo decidir a su favor la campaña marítima de la guerra del Pacífico.

ARTURO PRAT

El héroe sublime de Iquique, Arturo Prat, era un marino modesto, tranquilo, apacible y de costumbres intachables. Sus compañeros, juzgándolo por las apariencias, no habían creído jamás que bajo su exterior tímido y reflexivo, latía un corazón valeroso, capaz de todos los sacrificios.

Y así era, en efecto.

Cuando en 1879 estalló la guerra entre Chile, el Perú y Bolivia, Prat mandaba el buque « Esmeralda » y el 21 de mayo de 1879 combatió con el monitor peruano « Huáscar », bajo el mando del ilustre Grau, terriblemente durante cuatro horas en que hundido « Esmeralda » murió gloriosamente. Un hermoso monumento fué erigido a su memoria en Valparaíso.



DON FEDERICO ERRÁZURIZ ZAÑARTU

MONUMENTO AL HÉROE DE IQUIQUE



MONUMENTO DE ARTURO PRAT EN VALPARAISO.